

“VIDA MANCHEGA,,

tinte antipático a su fisonomía. No ocurre lo mismo á Manolo el «Florero», que se halla a su lado. Es jóven, buen mozo, muy moreno, de ojos grandes, triste expresión y tufos que relucen como si estuvieran engomados. Completa el grupo otro mozo, en mangas de camisa, muy sucio y «mal trajeado» que se entretiene en desliar unas cuantas colillas, cuyo tabaco arroja a un mugriento papel. Es el aprendiz del tío «Mechinales» y en la calle le conocen por «Malalengua», apodo que ha sabido ganar á fuerza de quitarle el pellejo á todas sus conocidas y conocidos.

Tras una breve pausa, el tío «Mechinales» rascándose la barba y torciéndose los ojos, dice:

—Mia tú Manolo, qué enchulaoos están la «Jazmina» y el «Camándula». Güena te la han armao esa mocita y ese peine. ¿De qué te ha servio estar tanto tiempo cuidando ese rosal pa que luego se lo lleve ese boquerón vestío?

—Cosa e la vía—repuso Manolo—. Ella io que le apañaba era casarse y yo no pueo echarme entoavía esas obligaciones. Pero créalo osté, a ella le importa él lo mismo que el Sultán de Turquía á mí; se casa por casarse, por tener marío, mas si yo golviera y le dijera güenos ojos tiée, se acababa la función por ese lao y era yo el cura que adornaba la iglesia. Por mi salud se lo digo a osté.

—No te jagas ilusiones; las jembras no le tién apego a na, y si te ví, no me acuerdo. Tú ya pa ella eres una perra chica.

—Anda y no tengas ducas—añadió «Malalengua»—. Mejores que esas hay mujeres en el mundo, y además la «Jazmina», es de la que les gustan tós, y en cuanto se case, va a poner al marío a fuerza de desgustos más negro que un fogonero der tren en día de faena.

—Y ya sabes—añadió «Mechinales»—que la boa es el lunes y que nos han convíao.

—Pos yo no voy, que en la fiesta voy a jacer un papé más triste que el de Jeremías del «Rey que rabió».

—No seas chiquillo, que paece mentira que te hayan salío ya toas las muelas y tengas pelos en la cara. Si no

vas, si esa piara de vecinos del corralón te echa de menos, dirán que has fartao por que le tiés entoavía querer a la «Jazmina» y habrá cuchufletas a tu costa y se pondría más gordo que un canónigo el «Camándula». ¡Disimulo y mala intención!

—Anda - repuso «Malalengua»—que más te conviene aprovecharte de argo, pues onde hubo fuego puée encenderse un cigarro si hay pasensia y se sopla bien. Aprovecha y quién sabe lo que pasará mañana.

—Tenéis razón, iré. Y aprospósito, es preciso jacerles un regalo.

—Yo no estoy en metales—murmuró el tío «Mechinales».

—Pos lo preciso es preciso y manque sea empeñando arguna prenda hay que cumplir. O semos o no semos. Lo que es yo, regalo.

—Hombre, tengo una idea!—exclamó el tío «Mechinales»—¡ya tenemos regalo y un regalo de señorito! Tier compré por hierro viejo un quinqué que es una flor! Es de hierro y de bronce con muchas figuras y muchos adornos! Tiée unos caballos corriendo y unas mujeres en traje de baño y unos ciervos con unos cuernos mú grandes...

—Me paice que sirve. ¿Se puée ver?

—Ahora mismo.

Y levantándose los tres entraron en la casa de «Mechinales» que estaba en la misma calle.

III

Buena compra habia hecho el viejo herrero. Se trataba de un quinqué labrado, con algunos años de antigüedad y no pocos de buenos servicios. Tenia sus defectos, pero la mano del tío «Mechinales» podría componerlos.

Las figuras que rodeaban su base y recipiente eran de gusto artístico y representaban escenas mitológicas entremezcladas con otras de cacerías.

No le disgustó el regalo a Manolo, hubo regateos, pero al fin se arregló por una bicoca. El «Florero» iba a quedar bien puesto.

«Malalengua» no dejaba de mirar al quinqué y tomádo en peso decía:—Es de primera, de primera. ¡Las cosas que va a alumbrar este quinqué! Pero... ¡caramba, cómo pesa el condenao!

Hacia inflexiones con él, mas con tanta desgracia, que en una de ellas se tambaleó el pesado objeto y cayó al suelo. El recipiente de porcelana se hizo mil pedazos y algunas de las figuras quedaron rotas.

—Mardito seas!—exclamó el herrero—¡Güena la has jecho, peaso de arrastrao!

Y salió detrás del mozalvete dándole los pescozones y puntapiés...

IV

Hubo que pensar en otro regalo, pues Manolo no era hombre que se volvía atrás y tenía que quedar bien puesto, aunque empeñara para ello la camisa.

El tío «Mechinales» no dejó de pensar con él lo que compraría que no fuese caro y fuera á propósito:

